

Paulina Cordero Sotomayor

UN CUENTO DE LA SELVA

Palabras
de Cristal



Segundo Lugar - Categoría 2



UN CUENTO DE LA SELVA© 2012

María Paulina Cordero Sotomayor ©

Cuento Ganador del Segundo Lugar, Categoría 2.

Concurso de Cuentos Infantiles “Palabras de Cristal”, edición 2012

Primera Edición: Noviembre de 2012

Palabras de Cristal No. 5

Derechos de Autor: 039801

Depósito Legal: 004848

ISBN: 978-9942-920-07-2

Revisado y corregido por la Editorial de la Universidad Laica VICENTE ROCAFUERTE de Guayaquil.

Queda rigurosamente prohibido, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, reprográfico, gramofónico, fotocopiado u otro, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del COPYRIGHT.

Esta edición de **UN CUENTO DE LA SELVA**, se publicó en la imprenta de la Universidad Laica VICENTE ROCAFUERTE de Guayaquil, siendo Rector el Dr. Jorge Torres Prieto, MSc.; y, Directora de la Editorial la Econ. Patricia Navarrete Zavala.

Ilustradores: Raúl Córdova Layana
María Belén Balladares



Dirección: Avenida de las Américas 70 frente al Cuartel Modelo

Teléfono: (593-4) 229 5007

Comutador: (593-4) 228 7200 Ext. 231

edilaica@ulvr.edu.ec

Guayaquil - Ecuador

Impreso en Ecuador / Printed in Ecuador



**Palabras
de Cristal**



Paulina Cordero Sotomayor, nació en Guayaquil el 10 de enero de 1992. Cursó sus estudios primarios en el Colegio María Auxiliadora y los secundarios en el Centro Educativo La Moderna. Desde muy pequeña disfruta de los deportes, siendo su favorito el Volleyball. Su filosofía de vida es vivirla con alegría y su mayor sueño es que “algún día el mundo entero sea más humanizado”. Admira a sus padres quienes han sido su ejemplo y guía durante su vida. Actualmente estudia la carrera de Educación Inicial en la Universidad Espíritu Santo. Paulina participó en el primer concurso de cuentos infantiles “Palabras de Cristal” promovido por la Editorial ULVR, adjudicándose el segundo lugar en la categoría 2 con la obra “Un cuento de la selva”.

Paulina Cordero Sotomayor

UN CUENTO DE LA SELVA



Cuento Ganador del Segundo Lugar, Categoría 2.
1er. Concurso de Cuentos Infantiles "Palabras de Cristal"
Edición 2012

En la profundidad de la selva amazónica, se admira permanentemente el majestuoso sol que nace cada mañana desde el este, recostado entre las algodonadas nubes blancas y el brillante arcoíris que se pierde en el verde de las altas copas de los viejos árboles de extensas lianas, alternando sin anunciarse, las torrenciales lluvias que bañan las tierras fértiles y mineralizadas de este mágico ecosistema.



Una tarde Ova un niño Taromemane, salió de su casa para recostarse panza arriba sobre las hojas secas y el follaje que recubre el suelo lavado de nutrientes. El sol, marcando mediodía, despejado el cielo de nubes. Ova se puso en pie e inmediatamente fue en busca de sus cuatro hermanos Dayuma, Dabo, Nihua y Moipa para tomar un baño y jugar en las majestuosas aguas que de las orillas vienen y van del Río Napo. Así, esa tarde mientras los halcones y las águilas, novias del azul, volaban sobre el río que tras su vuelo es como espejo, Ova y sus cuatro hermanos pasaron la tarde entre risas y salpicones de agua, peces multicolores, delfines y nutrias que se asomaban en las achocolatadas aguas, jugaron hasta caer cansados; el sol brillante bajó a recostarse entre las montañas de tupido follaje y así al caer la noche, y salir la luna, ellos tomaron el camino de regreso a casa.





Aunque oscuro, los cinco hermanos conocían muy bien cada paso que daban a pie descalzo sobre la tierra húmeda, pues las estrellas, que flotaban como diamantes sobre el despejado manto negro, los guiaban. Llegaron pronto para la merienda. Mamá esperaba en el “onko” con la mesa puesta, alrededor de una fogata; sobre hojas de plátano, un exquisito menguengue de verde, con plátanos recién cortados del racimo que guindaba de una soga colorada cerca del fogón del onko. Estaba servido.

Terminada la merienda Penti, el jefe, y también el abuelo más viejo y fornido guerrero de mucha maña, libro abierto, de piel tostada, de cuero añejo curtido al clima inesperado de la selva amazónica con arrugas agrietadas muy marcadas por los años, semejadas a las estrías de las antiguas rocas y de una barba escasa alambrada de colores grises y blancos, contaba leyendas Wao de sus antepasados a los niños que muy intrigados y atentos se sentaban a su alrededor a admirarlo y en sus ojos negros como la misma noche, se reflejaba el respeto y el orgullo ante esta eminencia que con su voz sonora podía hacer tronar la tierra, el agua y el cielo.



Esa noche el viejo Penti con su voz lenta y ronca tenía muchas cosas que contar. Inició con una anécdota que vivió en su ya muy lejana infancia, y relataba con mucho suspenso la vez que fue mordido de manera muy despiadada por una temible anaconda grande y largamente interminable de varios tonos café, que con su arrastrar por la tierra se camuflaba y se hacía invisible ante los ojos de cualquiera que esta asechara, y así comentaba haberse salvado gracias a la inmensa diversidad de flora silvestre que crece en la selva que, como una farmacia abierta, lo curó con una mezcla especial muy parecida a una miel de hierbas medicinales combinado con el infaltable ritual para su sanación total.

Penti en sus relatos recalcababa estar muy agradecido con todo lo que le proporcionaba la selva y su manto verde que la cubre, él la llamaba “omeede” que en su dialecto Wao Terero es “nuestra selva”. Entre sus palabras muy pausadas contaba, que bajo esa tierra que los vio nacer y acunó, existe un mineral costoso y muy codiciado por los de piel blanca: el oro negro, el que muchas veces empresas extranjeras quisieron arrebatarles, pero que los Huaronis, de sangre guerrera que corre por sus venas y hombres de elegante batalla, la defendían con sus cerbatanas, armas que elaboraban de largas cañas de chonta cortadas y modificadas con sus propias manos, cuyos dardos, con algodón envenenados de curare, hacían las veces de balas. Luego de haber escuchado al viejo Penti, era hora de prepararse para la fiesta de la noche, toda la comunidad se unía para homenajear al mejor cazador “Kominda”. Se vestían de gala con sus cortos taparrabos, plumas de las distintas especies de aves que habitan la selva, adornan sus cuellos y les dan color a sus azabaches y lacias cabelleras, también se colocaban en sus muñecas y tobillos largas e infinitas pulseras elaboradas de las distintas semillas que libera la naturaleza en las diversas estaciones.

No podían olvidar pintar sus caras y cuerpo con achiote, que es el color rojo natural que ellos preparan para adornarse, siendo este el símbolo más importante, ya que dentro de sus innumerables creencias da buena suerte y aleja a los malos espíritus. Así empezó la ceremonia, entre cantos, risas y alabanzas que a viva voz se elevaban con el viento y se iban en el frío de la penumbra y la oscuridad de la noche, premiando a Kominda por sus mejores habilidades de cazar y correr al adentrarse al corazón de la selva para traer el alimento a casa. Y así danzaron y se mecieron al compás del viento durante la ceremonia.





Al terminar la noche Ova estaba muy cansado, luego de escuchar el relato del abuelo Penti y asistir a la ceremonia, se acomodó a dormir en su petate café amarillento tejido cuidadosamente por su madre y, mientras sus ojos achinados oscuros se iban lentamente cerrando, se quedó profundamente dormido bajo su cálido onko de techo de hojas de palmeras que, con el pasar del tiempo, se endurecen con el sol, la lluvia y el humo. Y así con la luna cautiva de concha nácar, redonda y blanca alumbrando con su luz tenue, acurrucando a las miles de especies de animales como monos, loros, tigrillos, armadillos, todos en sus respectivos ecosistemas, desde lo más profundo de la selva Amazónica, las interminables horas de la noche estaban en marcha.

A la mañana siguiente Ova despertó y no encontró a nadie a su alrededor dentro del onko, salió con sus ojos negros muy chinos, dando profundos bostezos a buscar a su familia pero no encontró a nadie, todo seguía tan silencioso y la mañana parecía transcurrir tranquila.

Ova, como era costumbre, a pie descalzo caminó y caminó, así llegó hasta uno de sus árboles favoritos y se tumbó bajo el sol resplandeciente que alumbraba una vez más el hermoso paisaje. En un abrir y cerrar de ojos Ova comenzó a escuchar raros estruendos, irreconocibles, nunca antes escuchados por él. Ya se habían callado los cantos de las románticas y enamoradas cigarras y los animales corrían mientras que loros y monos hacían tremendo escándalo huyendo de rama en rama y desapareciendo poco a poco, mientras más se alejaban sin dejar rastro.



Ova no podía entender lo que sucedía, entre el vaivén de los animales, entre la bulla ensordecedora que contaminaba su natural verde hogar, empezó a encaramarse en las ramas del agrietado árbol. No conseguía observar nada y ascendió a la parte más alta, con ayuda de las lianas del árbol llegó a la copa, ahí pudo ver, gracias a su vista extraordinariamente aguda, como inmensas máquinas amarillas, de un material compacto y rígido, demolían cada árbol de cientos de años con los que su abuelo Penti creció. Caían como piezas de dominó, uno tras otro, sin sentido, los ríos se tornaban cada vez más caudalosos como si la tierra estuviera llorando, de luto y así desmoronaban cada parte de su hogar, aniquilaban cada animal que a su paso trataba de impedir que la maquinaria avanzara a pasos gigantes y pulverizara despiadadamente cada planta, semilla, raíz y vida que ahí crecían y así, en cuestión de breves segundos, que para Ova parecían eternas horas, vibraba la tierra enfurecida y reclamaba adolorida.

Ova no podía creer lo que sus oscuros ojos veían, mientras más se acercaban, pudo avistar las personas que maniobraban entre las sendas las máquinas amarillentas construidas del duro material, ellos vestidos de trajes blancos de pies a cabeza y cascos colorados, acomodaban sus máquinas y comenzaban a taladrar exorbitantes hoyos en la tierra, justo como abuelo Penti había descrito: los blancos queriendo hurtar el oro negro. Extraían un líquido espeso por tubos gigantes que parecían sorbetes aspirando de un mate algún líquido preparado por la natural flora. Y así la selva se secaba, perdía su verde belleza, los animales desaparecían, las aguas se contaminaban y las pocas plantas morían desparramadas por el lugar.





Ova, triste y devastado, pensó que era el fin del mundo, el fin de su raza guerrera y con los ojos aguados, como cubiertos de una lámina de cristal, contemplaba lo que una vez fue su hogar, donde rió y jugó, los animales, que como amigos merodeaban a su alrededor, ya no estaban, las aguas completamente contaminadas, ya casi vaporizadas de los ríos donde se refrescaba cada tarde, los peces flotaban descoloridos, las plantas acolchonadas sobre las que acostado observaba las hermosas auroras nacientes desde el oriente, y las flores que coloridas engalanaban cada mínimo rincón de la selva, todo, todo a su alrededor había quedado completamente destruido.

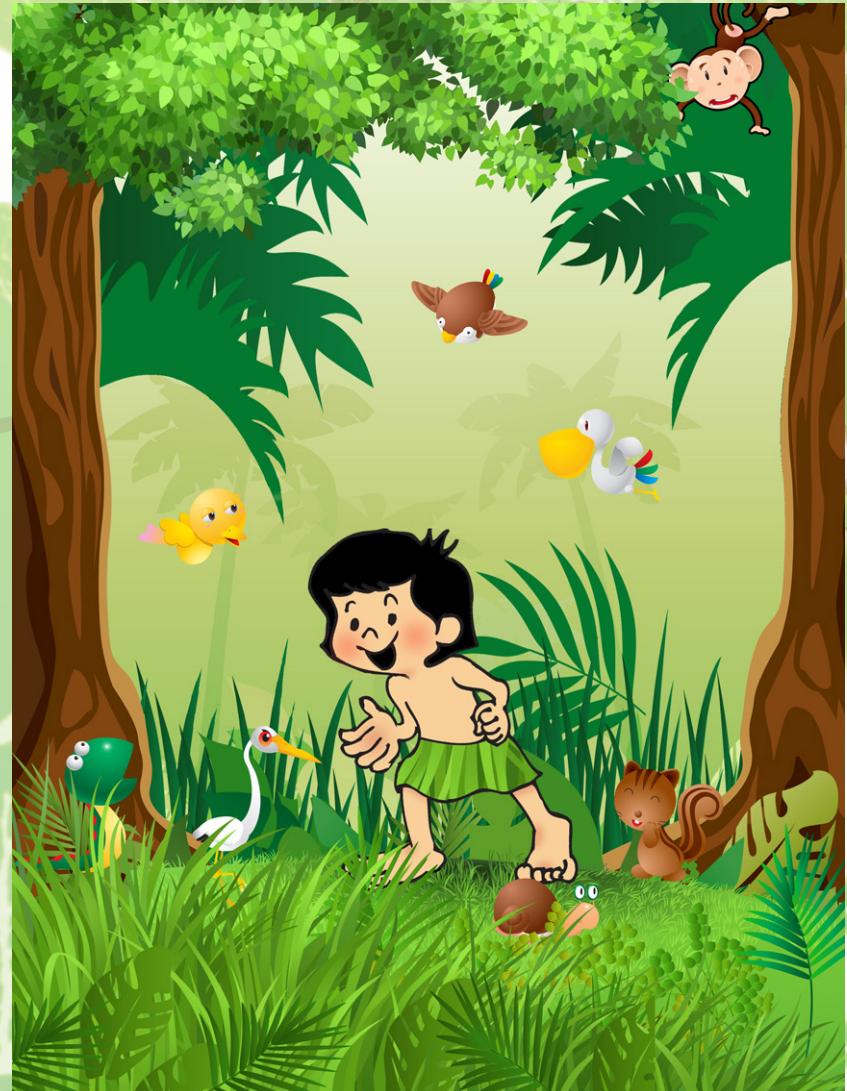
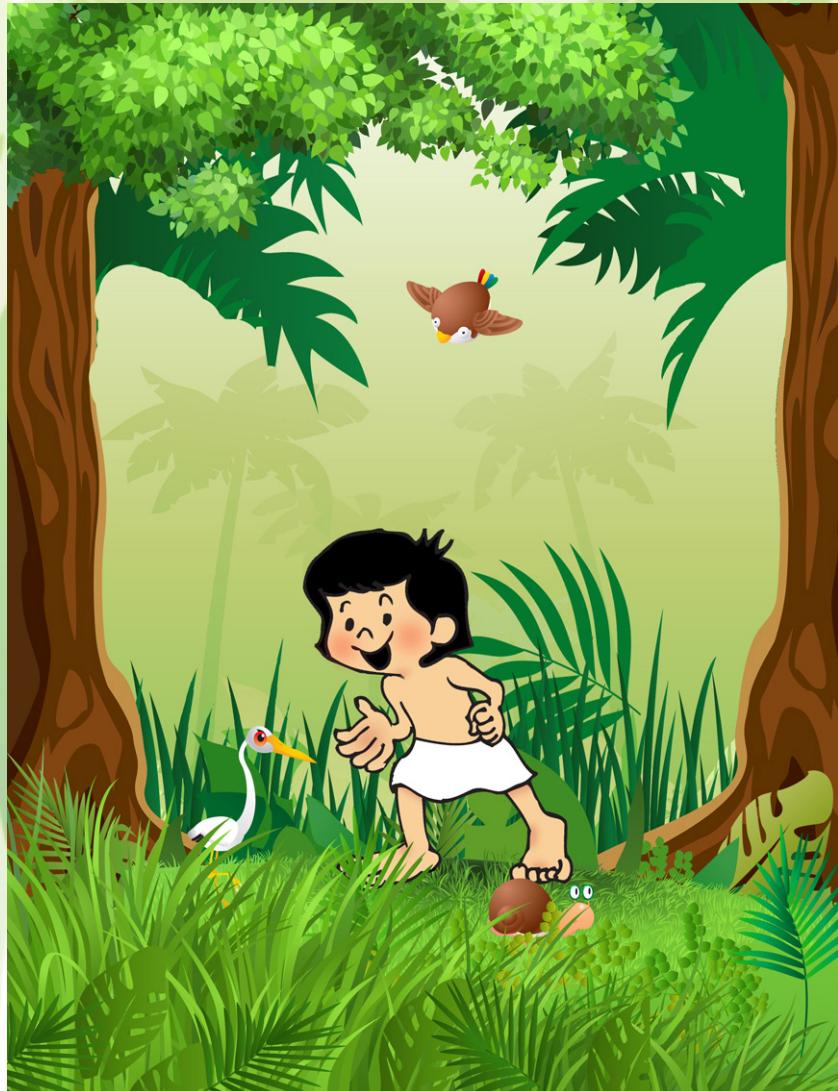
En su consternación Ova decidió quedarse sobre el árbol que allí, aún de pie, permanecía, aunque la máquina se acercara a él, y así comenzó a sentir la vibración del árbol que se iba remeciendo a causa de la amarillenta máquina. Ova cerró los ojos y solo se dejó llevar. Al abrirlos vio a su madre, que desesperada, lo agitaba, pues se había quedado dormido después de la larga noche de relatos y de la fiesta Wao.

Ova abrió los ojos, se encontraba en el onko, ahí mismo donde se había quedado dormido, sobre su petate en el suelo; se levantó como un resorte, en un instante y abrazó a su madre con una fuerza tremenda. Enseguida rió a carcajadas pues todo había sido un mal sueño. Repitió su rutina a pie descalzo y taparrabo, salió a observar la fresca mañana sobre su cama de hojas, acompañado de las flores que, como botellas de perfumes, desprendían gustosas fragancias; los antiquísimos y frondosos árboles, erigidos como gigantes barreras; escuchó a las románticas cigarras, los grillos e insectos con sus melodías, a los animales con sus cantaletas y rugidos. Todo tal y como debía estar, con la única e indescriptible belleza de la selva Amazónica.

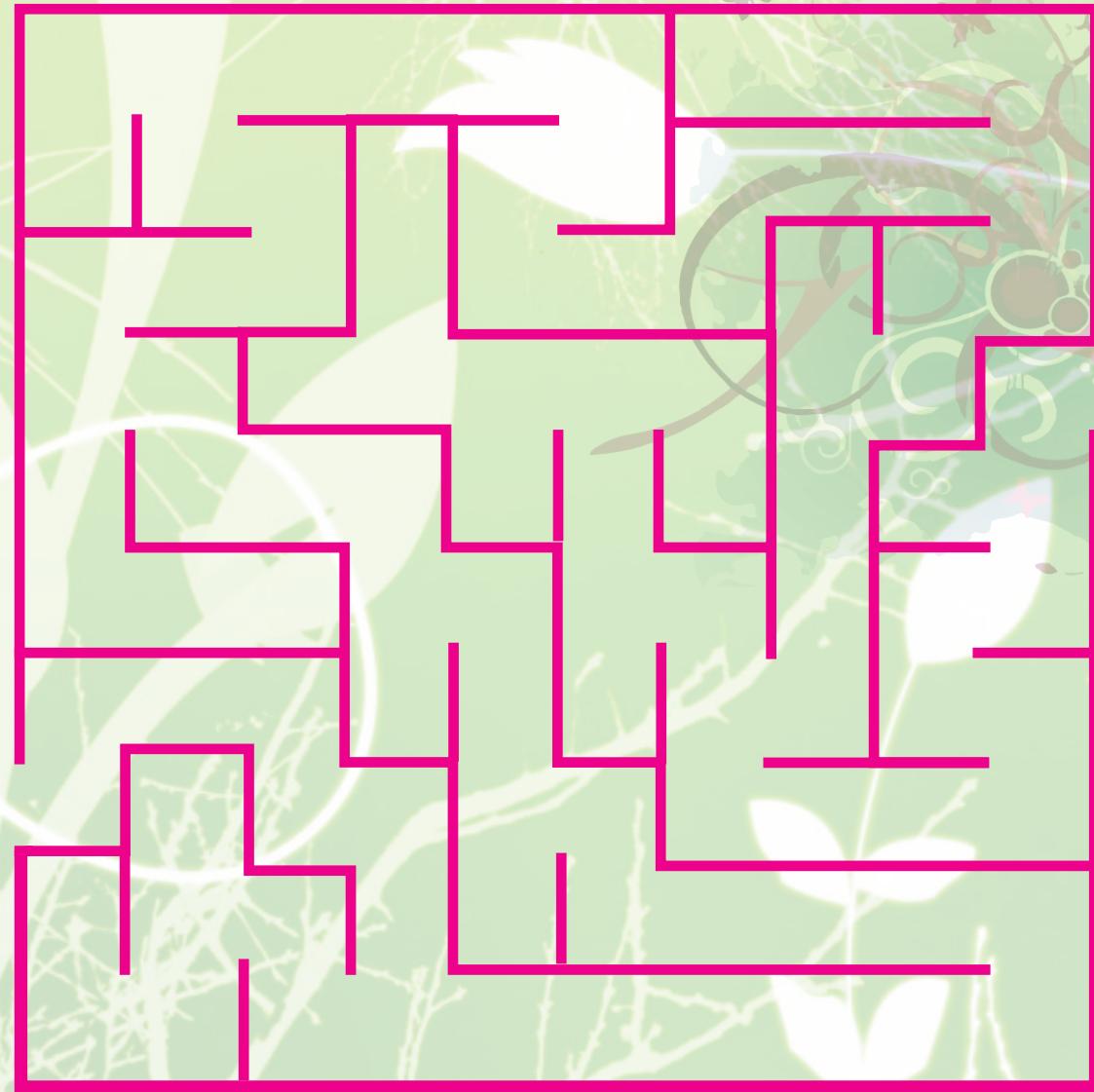


Ahora es tu turno:

Busca y encuentra las diferencias entre estos dibujos:



Ayuda a Ova a llegar al río.



Colorea a tu gusto.



Colección de Cuentos Infantiles
Palabras de Cristal

Los Fantasmas del Astillero

Quédate conmigo

El milagro del árbol

La magia de los cuentos

Un cuento de la selva

Niños investigadores ¡Al rescate de la naturaleza!

El sueño de Tori

Pepito el pajarito que aprendió a volar

Tadeo el pequeño

PALABRAS DE CRISTAL N°. 5
ISBN: 978-9942-920-07-2



 Palabras
de Cristal